

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7676.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAL, tres meses, 7.60 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.

La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Corresponsales en París para anuncios y reclamos. MR. A. LOURETTE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES, 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de lo anunciado, recibidos y comunicados, conserve el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obli gación legal.—No se devuelven los originales.

Administrador.—D. EMILIO GARCIBO LÓPEZ.
REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24.
Anuncios á precios convencionales.

MIERCOLES 15 DE JUNIO DE 1887.

UN DIA EN PÁDUA.

Madrid 13 de Junio de 1887.

Al salir de Venecia la locomotora nos arrastraba sobre las aguas por aquel maravilloso, que me recordaba en cierto modo el camino de *Puerta de Tierra* que une á Cadix con la Península española.

Hora y media después, el tren hizo alto y oí gritar:

—¡Pádua! ¡Pádua! ¡Pádua! ¡Pádua!

Y vi á lo lejos unas grandes cúpulas que salían de un suave barranco.

—¡He aquí mi camino, murmuré echando pié á tierra.

Y mientras el tren seguía en marcha hacia Verona, yo subí á un ómnibus con dos ó tres viajeros más; crugió el látigo del automedonte, galoparon los caballos, envolviéndonos una nube de polvo y en menos de cinco minutos nos encontramos en la ciudad.

Pádua está rodeada de muros y tiene siete puertas.

Nosotros entramos por la puerta *Ca-dalunga*.

Las calles que recorrimos para ir al *Hotel della Stella d'oro*, en donde paraba el ómnibus y donde yo me instalé, eran las principales de la ciudad, y sin embargo, no brillaban por su alineación, por su alegría, ni por su buen empedrado. En muchas de ellas vi pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos, había bastantes palacios en estado de decrepitud.

Leo en un libro que Pádua contiene 45.000 almas. Yo no me lo hubiera imaginado al entrar en ella. Tales eran el silencio y la soledad que reinaban por todas partes.

El sol estaba nublado desde una después de mi salida de Venecia, y el día se había vuelto muy frío á pesar de que Pádua se halla solamente á 33 metros sobre el nivel del mar. Los paduanos, envueltos en sendas capas iguales á las de nuestro país, vagaban tétricamente bajo los pórticos.

Todo esto contribuía á presentarme á Pádua bajo un aspecto sombrío, lúgubre, melancólico, que simpatizaba con mi tristeza de amante separado de su querida.

Venecia continuaba reinando en mi imaginación.

De esta manera llegué al hotel, donde permanecí una hora, sin resolverme á tomar ningún partido.

Al cabo de este tiempo comprendí que debía acudir el marasmo que me dominaba, y á fin de conseguirlo, me eché á la calle, ó por mejor decir, á la plaza en que se levantaba mi albergue.

A la puerta había una especie de calesa desahucjada en cuyo pesante costoso trabajo de cubrir á un muchacho de catorce á quince años, jorobado como una *stetora*, de lo más jorobado que nunca he visto, jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le adornaba hasta el comienzo de las piernas.

Y lo más extraño de todo, es que aquel joven parecía ser el más alegre y feliz del mundo.

Riendo y bromeando ofreciéndome *il suo legno* (su coche), no sin añadir que tenía toda la ciudad en la palma de la mano y que me llevaría á la iglesia del SANTO á ver los frescos de Giotto, al *Prato della Valle*, al *café Pedrocchi*.

—¡Alto! exclamé al llegar á este punto. Llévame al *café Pedrocchi*.

Yo había oído decir toda mi vida que aquel café era uno de los prodigios de Italia y la gran curiosidad de la ciudad de San Antonio.

—Tengamos la gloria, me dije, de almorzar en el *café Pedrocchi*, y después recorreremos la ilustre ciudad de Pádua.

El *café Pedrocchi*, como todos los de su género que gozan de una antigua celebridad, ha llegado á ser indigno de ella. Aquel inmenso edificio, abigarrado, oscuro, aumado y feo, sería una maravilla cuando se abrió por primera vez al público. Entonces tenía pocos y débiles competidores. Pero hoy le aventajan en lujo, comodidad y belleza, casi todos los cafés principales de Europa.

Sin embargo, en el *café Pedrocchi* se almuerza todavía perfectísimamente.

Después de almorzar, pasé allí otra media hora fumándome un detestable cigarro austriaco, coordinando mis ideas acerca de Pádua, trazándome el itinerario de mis excursiones y repartiendo el tiempo de que pensaba disponer.

Estoy en Pádua, pensaba yo, en Pádua, antiquísima ciudad, cuyo origen se pierde en los tiempos mitológicos. En Pádua, oprinida sucesivamente por los romanos, por Atila, por los húngaros, por los emperadores alemanes, por los Scula de Verona, por las Carrara, por la república de Venecia y por el Austria. Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Livio y de Mantegna en la ciudad amada de Dante y de Giotto. Aquí murió y está enterrado aquel franciscano Antonio (San Antonio), nacido en Lisboa, que ha extendido el nombre de Pádua hasta las aldeas y cortijos del territorio español. Aquí paso Petrarca los últimos años de su vida, canónigo que era de esta catedral. En estos montes que se elevan al Oeste, se halla la aldea de Argna, donde murió y está sepultado el sentimental poeta. En ese palacio, por fin, que he visto al pasar la *Piazza dei Signori*, figura Víctor Hugo la tremenda acción de su drama *Angelo*, que tan pávorosa celebra-

d el ha dado en toda Europa á esta ciudad del sin fortuna.

Y también pasaba en otras cosas y en otros nombres que ahora no vienen á cuento.

Eilo es que volví á la calesa, di mis instrucciones al jorobado, y empecé á recorrer las calles de Pádua con rapidéz vertiginosa.

Primero fui á la *Catedral*, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Angel.

Allí vi un busto del amante de Laura, en el hueco de una losa negra, con una inscripción en que solo se dice que Francisco Petrarca fué canónigo de aquella catedral, sin hacer mención ninguna de sus timbres literarios, como si la genealogía histórica del grande hombre consistiera más en haber gozado de tal prenda, que en haber escrito sus sonetos y sus *Rimas*.

Pues aún hay en Pádua otro monumento más venerado.

Tal es la *iglesia de San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO;—y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de expresar de algún modo el énfasis y la unificación con que la pronunciamos los paduanos.

La *iglesia de San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas enajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reúne al mismo tiempo los opuestos caracteres de una grandiosa mezquita de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del Renacimiento.

Semejante heterodoxia artística le sienta bien á una iglesia de pura devoción.—La ingenua y candorosa piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo lo que puede embellecerla, sin tijaras en el simbolismo de cada cosa.

¿Quién no ha reparado en estos *ultares*, ó quién no los ha levantado en su niñez?—En ellos colocábamos el vistoso sartal de colores de nuestra hermana, las flores del jardín, los retratos de Mina y de Castaños, los anillos de nuestra madre, el busto de Napoleón, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanías, y un frasco de agua de rosas, traído de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebeter.—Y todo era un homenaje rendido á las excelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta...

Pues tal procede siempre la devoción, y tal es punto de vista estético de la iglesia de San Antonio de Pádua.—La *Cruz* que allí se venera es el cuerpo del *Santo*.

La *capilla* que encierra su *sepulcro* es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estatuas de bronce y preciosos bajorelieves, alusivos á la vida del Santo, adorna-

nan los muros. En el centro se levanta el altar. Este es de *verde antiguo*, sobre el cual se destacan cuatro *ángeles* de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del altar hay dos *grupos de ángeles*, también de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme *candelabro de plata*, de admirable ejecución. El *candelabro de la izquierda* pesa 1607 onzas; el de la derecha 1450.—Del techo del santuario penden innumerables *lámparas de plata y de alabastro*, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *exvotos*, cuadros que representan los recientes milagros del Santo (diligencias voladas, enfermedades caídas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesión de San Antonio.)

Detrás del altar hay una *lámina de bronce* que sirve de puerta á la tumba del glorioso portugués.—Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devoción semejante á la que inspira este *sepulcro* á los hijos del veneciano. Yo fui á visitarlo á las dos de la tarde de un día cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, gente del pueblo, de niños y de ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.—Los campesinos, que habían ido á Pádua, al mercado ó á negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del día, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle las gracias por anteriores mercedes; ó meramente á visitarlo, á cumplir con él, á llevarle expresiones de sus familias, quienes, al despedirlos aquella mañana, les habían dicho indudablemente:—Que no te vengas sin ver al *Santo*.

Al lado de la iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que mereco ser visitada, aunque no sea más que por los muchos y muy notables *frescos de Ticiano* que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio...

P. A. ALARCÓN.

(Del libro de *Madrid á Nápoles*)

AL CUCCION DEL REY DE BÉLGICA.

Con motivo del quincuagésimo aniversario de la creación de la división de artillería de la guardia cívica (milicia nacional), el rey ha entregado á la misma una nueva bandera.

En tan solemne acto pronunció una